

# LA DOBLE TACTICA DE LA ACTUAL OFENSIVA IMPERIALISTA EN AMERICA LATINA

---

Anibal Quijano \*

Los recientes acontecimientos simbolizan o, mejor, grafican la doble táctica burguesa en las luchas políticas de América Latina: De un lado, la reunión de la OEA se lleva a cabo en Chile, y en el acto inaugural los dos principales oradores son nada menos Pinochet y Bordaberry. De otro lado, se reúne en Caracas la plana mayor del liderazgo social demócrata europeo con los más conspicuos representantes de la "izquierda democrática" latinoamericana, clausurando sus deliberaciones con un discurso de Haya de la Torre, y un documento en que se comprometen a luchar por la libertad y la justicia social.

Para el proletariado latinoamericano y para su movimiento socialista revolucionario, es necesario ubicar con precisión el significado de estos hechos para las luchas de clase en América Latina, a fin de vigilar y enfrentar adecuadamente sus derivaciones.

## EL DOBLE EJE BURGUES EN AMERICA LATINA DOS MOMENTOS DE LA LUCHA DE CLASES

Si se mira el escenario político de América Latina, se advierte sin dificultad que la burguesía (imperialista y dependiente) se ordena en dos ejes principales.

---

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central.

Uno es el que componen Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay, bajo el comando hegemónico de Brasil, y caracterizado por regímenes militares ultrarrepresivos, con tendencias corporativo-fascistas cada vez más pronunciadas, y por una abierta y desnuda entrega a los intereses económicos del capital monopolista internacional y al dominio político del Estado Imperialista Hegemónico, el de los Estados Unidos.

El otro está conformado por México, Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú, ramificándose menos claramente en los países centroamericanos, con la excepción de Guatemala vinculado al bloque anterior. Este conjunto se caracteriza por regímenes políticos que, a pesar de su diverso origen (elecciones o golpes militares), aparecen esforzándose en contener sin violencia masiva y generalizada las luchas de los explotados, para lo cual promueven reformas y reajustes que, aunque parcialmente, afectan algunos de los elementos de la dominación imperialista vinculados al período semi-colonial, modificando así las bases del mantenimiento del conjunto de la dominación imperialista.

No fueron, pues, accidentales, ni la sede, ni el carácter, ni los protagonistas de las reuniones mencionadas al comienzo de estas notas. En cada una de ellas, se expresan tácticas diferentes de la burguesía frente a las luchas de los trabajadores.

Cuáles son las bases fundamentales de esta diferenciación política de la burguesía (imperialista y dependiente) en América Latina.

Parecería, a primera vista, que se trata de diferencias en el grado de desarrollo del capital entre ambos ejes burgueses. Inclusive algunas organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria en el Cono Sur,

nan sostenido que en el bloque liderado por Brasil se expresan más claramente los intereses del capital monopólico

Sin embargo, es evidente que en este respecto, las diferencias dentro del bloque del Cono Sur son muy marcadas, pues mientras que el Brasil constituye uno de los subcentros de acumulación ampliada internacional, aunque su inserción dentro de ese circuito es sectorial, no es ésta la situación de Chile o de Bolivia. Pero, aún más, dentro del otro eje se encuentra un país como México, que ocupa una posición comparable con la brasileña en cuanto al desarrollo del capital, así como la magnitud de sus actuales recursos financieros ya está permitiendo a Venezuela tentar posiciones subimperialistas sobre una parte del Caribe y de Centro América.

Desde ese punto de vista, las diferencias entre ambos ejes burgueses no se fundan en necesidades derivadas del grado de desarrollo del capital, principalmente.

Ciertamente es posible observar virtuales rivalidades entre las burguesías monopólicas de uno y otro eje por el control de zonas y subregiones dentro de América Latina. Pero no se puede sostener que esa diferencia afecte a la burguesía monopólica internacional, ya que ésta opera dentro de ambos ejes. Y, sobre todo, no se desprende de esas rivalidades una necesaria diferenciación en el carácter de los regímenes políticos, como se puede aprender de las recientes experiencias entre Brasil y Argentina.

Por otro lado, es sumamente ilustrativo el hecho de que mientras el eje del Cono Sur tiene una muy marcada homogeneidad política, son muy grandes las

diferencias en el otro eje.

Así, en el primero de ellos, la rabiosa ideología anticomunista es compartida en el mismo nivel por todos los regímenes, del mismo modo que su práctica ultrarrepresiva, cuyo instrumento de gobierno frente a las masas es la tortura masiva y sistemática. Todos ellos son, por lo demás, controlados por las fuerzas armadas, tras sangrientos golpes militares.

En el otro eje, la heterogeneidad política es ostensible. Unos surgen de elecciones con pluralidad de partidos y amplia participación electoral, como en Venezuela; o con abstenciones masivas como en Colombia; o con partidos virtualmente únicos como en México. Otros proceden de golpes militares, como los de Perú y Ecuador. Unos alientan un liberalismo, crecientemente represivo, como en Colombia, o no han definido sus opciones como en Ecuador. Otros preconizan un régimen claramente corporativo como en el Perú, o sostienen rasgos corporativos dentro de un marco formalmente liberal como en México. Y son, por todo ello, muy desiguales los márgenes de las libertades democráticas de los trabajadores.

En términos prácticos, el primer grupo de regímenes constituyen un bloque político efectivo, con un liderazgo (Brasil) bien establecido. Los otros se caracterizan más bien que por su unidad interna, por sus diferencias con el anterior y por eso mismo no se puede decir que haya entre ellos una hegemonía establecida.

¿Qué significa todo ello? La respuesta hay que buscarla en la distinta experiencia política fundamental habida, en la última década, entre ambos grupos de países.

No obstante las diversas estructuras específicas del orden político—social entre los países del Cono Sur, el hecho es que las luchas de clase decisivas se han dado, en esta década, precisamente en estos países. Así, Bolivia y Chile han sido los escenarios de las luchas por el poder entre el proletariado y la burguesía, y es como consecuencia de la derrota de los respectivos movimientos revolucionarios que se han establecido en esos países las formas más perversas de la dictadura burguesa. En Uruguay fué la derrota de la guerrilla tupamará, en el marco de la más completa crisis económica y política de ese país, que llevó a las fuerzas armadas al poder detrás de la fachada de la representación civil más reaccionaria, desatando la actual violencia represiva contra los trabajadores y causando el éxodo de casi la mitad de su población. En Brasil, el golpe militar del año 64 fue destinado a contener el ascenso del movimiento popular, sobre todo porque una parte significativa de la tropa de las fuerzas armadas comenzaba a integrarse a ese movimiento, amenazando así la base misma del poder político burgués. Y recientemente en Argentina, fue la descomposición del peronismo y la creciente lucha armada con la participación de importantes sectores de la clase obrera, lo que desemboca en el actual gorilato represivo.

En cambio, en ninguno de los países del otro eje burgués, no obstante la importancia de las luchas populares en algunos de ellos, en momentos diversos, no se registra un desarrollo de las luchas de los trabajadores hasta el punto de disputar efectivamente el poder, como en Bolivia y Chile, o amenazar a fondo las bases del poder del capital, como en los países restantes de ese bloque.

México es un país donde la derrota de las fracciones más radicales del movimiento revolucionario durante la guerra civil (Zapa, Villa), permitió a la burguesía,

bajo el comando cardenista, integrar a las masas trabajadoras en un orden de rasgos corporativos, como sostén del capital estatal, en ese entonces parcialmente enfrentado al capital imperialista, y lograr de ese modo una duradera estabilidad política que sólo recientemente comienza a ser deteriorada, por la gradual pero efectiva insurgencia de trabajadores y capas medias radicalizadas, que ya han obligado a la burguesía a las sangrientas represiones de 1958 y de 1968.

Las guerrillas venezolanas de comienzos de la década de los 60, a pesar de su intensidad y de su importancia, no lograron ser la dirección de un genuino movimiento revolucionario de las masas trabajadoras, y es precisamente a partir de ello, que pudo establecerse un nuevo período de institucionalización política bajo el signo de la democracia liberal.

Las guerras campesinas de Colombia, iniciadas como parte de las luchas políticas entre las fracciones conservadoras y liberales de la propia clase dominante, fueron finalmente aplastadas cuando comenzaban a sobrepasar los límites de la disputa dentro de la clase dominante, porque no estaban sino muy tangencialmente articuladas a las luchas de un proletariado que aún, en ese período, no había iniciado realmente la conquista de su autonomía política de clase. Y a pesar de la ampliación de las luchas populares en los años recientes, no se podría afirmar aún que éstas se han desarrollado ya como una lucha efectiva por el poder. Y es eso lo que permite la perduración de un régimen formalmente liberal, pero obligando también a la burguesía a reprimir de modo cada vez más brutal a los trabajadores.

En el Perú el movimiento campesino de 1957 a 1964 fue sangrientamente derrotado, y la corta experiencia guerrillera surgió cuando aquel movimiento

estaba ya en pleno reflujó, mientras el proletariado urbano estaba todavía pugnando por su independencia sindical y era extremadamente incipiente el proceso de su independencia política. Todos estos movimientos de los trabajadores tenían ya la fuerza como para agudizar la crisis política de la burguesía en el Perú, pero no para disputarle el poder. Y fue ese, por eso mismo, el contexto que permitió a las fuerzas armadas y a otros grupos de capas medias tecnocráticas llegar al poder político con toda su pretensión de arbitraje entre la burguesía y los trabajadores.

El golpe militar ecuatoriano último, se originó mucho más como las disputas fraccionales de la coalición oligárquica, que como respuesta al ascenso político de las masas populares, aunque este elemento no estuviera totalmente ausente del escenario.

Todo ello da cuenta de que la base de esta diferenciación política de la burguesía en América Latina, no radica principalmente en las distancias del grado de desarrollo del capital entre esos países, ni en las rivalidades por el control de zonas de dominio. Estos elementos pueden no estar ausentes. Pero lo que funda esa diferenciación es, ante todo, el diferente nivel de profundidad alcanzado por las luchas de clase entre uno y otro eje burgués.

La existencia de un doble eje burgués en América Latina, corresponde, pues, a dos momentos de la lucha de clases. Y es en este preciso sentido que puede afirmarse que ese doble eje implica una doble táctica, es decir respectivamente determinadas cada una de esas tácticas a necesidades políticas diferentes.

Mientras que en el eje que lidera el régimen brasileño, la burguesía es llevada por el nivel de sus luchas con los trabajadores, a exacerbar al extremo la violencia

represiva y la ideología anticomunista, en los otros países eso no es aún indispensable para los explotadores. De allí proviene la homogeneidad ideológica y práctica del primer bloque.

En cambio, en los países del otro eje, hay una marcada desigualdad en el desarrollo de las luchas de clase. Y mientras que en unos países (Colombia, Perú, Ecuador en menor medida), la represión va acentuándose y se recortan cada día las conquistas democráticas de los trabajadores, en los restantes países la estabilidad del orden burgués no está aún sacudida seriamente, aunque ya se puede ver las tempestades que se van acumulando.

De todo ello, el proletariado Latinoamericano obtiene una lección decisiva. Las corrientes burocrático-reformistas dentro del movimiento obrero, y las capas medias reformistas radicalizadas, tienden a concluir simplista y oportunistamente que puesto que la burguesía en América Latina tiene una cara perversa y una cara simpática, hay que apoyar a esta última.

Olvidan de ese modo que hubo todo un largo período en la historia política de América Latina, en que las burguesías chilena y uruguaya, especialmente, ostentaban la cara más simpática de la burguesía latinoamericana. Y, por ese camino, el oportunismo conduce a los trabajadores a un inevitable desarme político, traba el desarrollo de su emancipación política tratando de mantenerlos prisioneros de las contiendas entre fracciones de su enemigo de clase.

El problema se hace más grave aún, porque en cada uno de los países donde la violencia burguesa no se ha destacado aún a fondo, conforme avanzan las luchas de los trabajadores, la burguesía muestra también

una doble cara. Unos presionan por desencadenar la represión, mientras otros todavía buscan contener el desarrollo político del proletariado por medio de reformas y música ideológica nacionalista y de conciliación de clases. Y en todas partes, los oportunistas buscan colocar al proletariado como furgón de cola de las fracciones reformistas de la burguesía, como si la cercana experiencia de Uruguay y Chile y la de otros países como Argentina, o Perú, no indicara con la rotundidad de los hechos, que esas mismas fracciones reformsitas de la burguesía y de sus agentes tecnocráticos, sobre todo en las fuerzas armadas, terminan encabezando la bestialidad gorila o abiertamente fascista, cuando los trabajadores avanzan en la conquista de su emancipación política.

## LA OFENSIVA IMPERIALISTA ACTUAL Y EL PAPEL DE LA SOCIAL-DEMOCRACIA

Por eso es necesario situar con claridad el papel que la social-democracia internacional y sus primos de la "izquierda democrática" latinoamericana, juegan dentro de la política de la burguesía en estos países.

Primero que nada, tenemos que ser conscientes de que estamos enfrentando una ofensiva global de la burguesía (imperialista y dependiente) contra las masas trabajadoras y también contra los sectores más radicalizados de las capas medias, en América Latina.

Esta ofensiva se despliega bajo el comando del Estado Imperialista Hegemónico, el de los Estados Unidos, pero con la participación del conjunto de la burguesía monopolista internacional, europea y japonesa bajo la dirección de la norteamericana, organizada en las gigantescas empresas transnacionales.

¿Por qué esta ofensiva? Principalmente por dos factores. De una parte, la correlación de fuerzas entre el orden capitalista imperialista y el conjunto de los Estados que han roto con el capitalismo, es ahora claramente desfavorable al imperialismo. Viet-Nam fue el comienzo de este desbalance. Angola es ya un punto de viraje decisivo en esta tendencia, irreversible en el marco de la crisis general del sistema capitalista, esto es, por el ascenso de las luchas revolucionarias no solamente en los países dependientes, sino también en numerosos países centros del poder imperialista.

En segundo lugar, por el hecho de que se agudizan día a día las luchas de clase en América Latina, abriéndose focos de insurgencia revolucionaria que integran a varios países, como en el Cono Sur, obligando a la burguesía imperialista a buscar un control más rígido de los regímenes políticos de la burguesía en estos países, y a reprimir a los trabajadores más rabiosamente.

La adversa correlación política internacional, aparejada con la crisis económica y política dentro de su propio campo, obliga a la burguesía imperialista y a su principal Estado, a tratar de fortalecer su posición de fuerza en América Latina. Y el desarrollo de las luchas de clase en estos países, la obliga a enfrentarse más profundamente a los trabajadores.

Sin embargo, no hay hoy día, ni puede haberla plenamente, homogeneidad de orientación y de opciones políticas dentro de la burguesía imperialista, sobre las maneras más eficaces de llevar a cabo esta ofensiva y no solamente sobre América Latina.

No puede haberla porque las burguesías imperialistas enfrentan en cada uno de sus países formas y niveles diferentes de lucha de clases y sostienen, por lo mis-

mo, regímenes políticos diferentes; porque sus específicos intereses económicos no son enteramente coincidentes, tanto en términos nacionales, como en relación a las organizaciones empresariales transnacionales que operan en cada sector. Y, finalmente, porque en América Latina se enfrentan a niveles y momentos diferentes de luchas de clase, tal como se acaba de mostrar, y éstas repercuten de modos diferentes entre las fracciones principales de la burguesía imperialista, en función de los regímenes políticos que sostienen en sus respectivos países.

Estas notas no persiguen explorar en detalle estas diferenciaciones. Lo que aquí interesa, es el papel de la social—democracia servidora del capital, frente a los trabajadores latinoamericanos.

#### El significado de la reunión de Caracas.-

Recientemente se realizó en esa ciudad, una reunión organizada por el gobierno y el partido de Acción Democrática, primo hermano del Apra, y promovido principalmente por la social—democracia alemana y su líder Willy Brandt. A esa reunión han concurrido, además de los mencionados, el PRI mexicano, el Apra con su jefe Haya de la Torre; Figueres, de Costa Rica; Balbío, del Partido Radical de Argentina; Lleras Restrepo, del Partido Liberal colombiano; Olaf Palme, jefe del gobierno social—demócrata de Suecia; Bruno Kreitzky, su equivalente en Austria; Michel Rocard, del Partido Socialista Unificado de Francia; Mario Soares, del Partido Socialista portugués, entre los principales, además de representantes de la social—democracia de España, Dinamarca, Holanda.

Por su composición, se trató de un cónclave bastante mezclado; social—demócratas, liberales e “izquierda democrática” tipo Apra, AD y el actual liderazgo del

PRI mexicano. De lejos, la figura predominante fue la de Willy Brandt, jefe de la social—democracia alemana.

¿Qué busca la social—democracia europea, y particularmente la de Alemania Occidental, con esta reunión? ¿Qué busca en América Latina?

Para encontrar respuestas a estas interrogantes, es necesario considerar dos cuestiones principales:

1. En primer lugar, el hecho de la negativa repercusión del genocidio y de la bestialidad represiva en Chile y aunque menos impactante, de la represión en los otros países del eje liderado por Brasil, sobre la opinión pública europea y en particular en los países bajo regímenes social—demócratas, que sirven al capital pero desde una tradición y vocación antifascista, tras la experiencia nazi fascista en Europa.
2. En segundo lugar, los intereses específicos del capital monopolista europeo y en particular de los países gobernados por social—demócratas y sobre todo de Alemania Occidental. La burguesía monopolista de esos países no tiene intereses generales distintos que los de la burguesía norteamericana y está profundamente tramada con ésta en las empresas transnacionales. Sin embargo, y para abreviar, se trata de aliados competidores.

Ambos condicionamientos, político y económico, mueven a la burguesía monopolista representada por regímenes social—demócratas, a buscar, una mayor penetración de su capital, ampliando su participación en el condominio que ya ejercen sobre América Latina, junto con la burguesía yanqui y la japonesa. Este es, sobre todo, el caso de Alemania Occidental.

Al mismo tiempo, consciente del doble nivel de las luchas de clase actuales en nuestros países, y opuesta a la bestialidad fascista, busca contribuir con el resto de la burguesía en América Latina, a amortiguar esas luchas y controlar a los trabajadores, a través de regímenes capaces de promover la colaboración de clases. Y esa tarea sólo podrían, hipotéticamente, cumplirla los partidos políticos de ideología reformista con importante influencia sobre las masas . Esto es, los de la llamada "izquierda reformista".

La social—democracia europea es ciertamente, todavía, antifascista. Sus actuales líderes surgen de la lucha contra la barbarie nazi. Eso, sin embargo, no los hace menos representativos del capital monopolista y, en consecuencia, imperialistas en la medida de sus distintos niveles de poder económico y político en el orden capitalista internacional. La social—democracia alemana gobierna el Estado de la principal burguesía monopolista de Europa, en donde la concentración del capital y el dominio del capital financiero es, probablemente, mayor aún que en los propios Estados Unidos.

Sin embargo, ni económica, ni política, ni militarmente, ninguna de esas burguesías que la social—democracia representa, podría pretender competir conflictivamente con la burguesía norteamericana o separarse de la sombra hegemónica del Estado de esa burguesía.

Por consecuencia, la social—democracia sólo puede pretender ampliar su cuota de participación en el dominio imperialista internacional sobre América Latina. Y ello supone, inevitablemente, acuerdos con la burguesía yanqui. No fue, por eso, ajena a estas maniobras, la prolongada estadía de Willy Brandt en Washington, en los primeros meses del año pasado.

Todo eso implica, en fin de cuentas, que la social—democracia europea y en particular la de Alemania, busca ampliar su asociación con la norteamericana y japonesa en el dominio imperialista en América Latina, por una mayor participación del capital monopolista de esos países. Y, al mismo tiempo, actuar como interlocutor ventajoso entre las burguesías dependientes y la burguesía imperialista norteamericana, en el plano político, y de ese modo ayudar a las burguesías de ciertos países a reducir los focos más conflictivos de las luchas de clases.

El documento que emana de la reunión de Carácas habla de la justicia social y de la libertad. Por la primera se entiende, sobre la base de la actual situación en los países bajo regímenes social—demócratas, un nivel relativamente alto de la situación material de los trabajadores, como base de su colaboración política con sus explotadores. Por la segunda, el mantenimiento de regímenes liberales, con canales más o menos amplios de participación de las masas en la vida política del orden burgués. Es decir, la oposición al fascismo y al gorilato ultrarepresivo.

Hay sólo dos problemas para la materialización de estas metas. El primero, el fundamental, la imposibilidad histórica de que el capitalismo se desarrolle en nuestros países, hasta el nivel productivo compatible con los estándares de vida que permitan a la burguesía lograr la colaboración pacífica de los trabajadores. Esta imposibilidad proviene, precisamente, del dominio imperialista, que la social—democracia busca compartir más ampliamente.

El segundo, que en esas condiciones las luchas de los trabajadores no pueden dejar de profundizarse y ampliarse, y la burguesía en estos países y sus representantes de “izquierda democrática”, no tardarán en hacerse cargo de encabezar o de participar en la re-

presión, aparte del hecho de que esta "izquierda democrática", como el Apra, tiene una marcada proclividad al corporativismo.

## CONTRA LAS ILUSIONES: EL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO COMO ALTERNATIVA

Así, pues, las actuales maniobras de la social—democracia europea, principalmente de la alemana, y de sus primos apristas, son parte de la ofensiva actual del imperialismo en América Latina, que se inserta en una de las dos tácticas burguesas ya señaladas.

La ideología social—demócrata puede, quizás, embellecer regímenes de rasgos corporativos en algunos países, como acaso en el Perú. Pero como posibilidad de realización concreta es una abierta utopía en América Latina. Toda confusión de los trabajadores sobre ella, sólo podría servir, a la larga, para pavimentar el camino del gorilato o del fascismo.

La ideología social—demócrata actual, es el resultado de la degeneración oportunista de las direcciones centro—europeas, y escandinavas de la II Internacional, desde los años de la Primera Guerra Mundial, y contra las cuales se enderezó la batalla de Lenin y la dirección de la revolución bolchevique en Rusia.

El reflotamiento del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial, con su turbia ola de ilusiones sobre una parte del proletariado europeo, la experiencia de la barbarie fascista y el curso de deformación y burocratización del proceso revolucionario iniciado en 1917 en Rusia, se combinaron para permitir una total hegemonía de la ideología burguesa sobre las direcciones de los partidos procedentes de la II Internacional, y de modo particular en Alemania y Europa Nórdica,

que además del total abandono del marxismo revolucionario, insurgieron como portavoces de las corrientes antifascistas de la burguesía europea y de la burocracia sindical y política de un proletariado ganado a la colaboración de clases, por la elevación de sus niveles de vida y la cercana experiencia del despotismo burocrático en que recayó el régimen político ruso, nacido de la revolución de octubre.

El proletariado de América Latina sólo puede avanzar en la vía de su emancipación social y política, afirmando su conciencia revolucionaria y organizándose para la lucha abierta por el poder, combatiendo sin tregua contra todos los confusionismos. Y la social—democracia es uno de los más peligrosos, no solamente porque secreta la ideología burguesa en su versión más “humanista”, sino también porque la total carencia de bases materiales para la colaboración de clases en condiciones pacíficas, en nuestros países, implica que la social—democracia no puede servir para otra cosa que embellecer la miseria material y el encuadramiento político de los explotados en un orden más o menos corporativo.

Y, por último, puesto que enfrentamos una concertada ofensiva imperialista sobre todos nuestros pueblos, y a su doble táctica, es la hora de procurar que maduren los esfuerzos de coordinación y de unificación de los movimientos socialistas revolucionarios del proletariado de cada uno de nuestros países, como parte del desarrollo de las luchas en cada uno de ellos.